

todo la predicación de Jesucristo, y los estupendos heroísmos que en el tiempo suscita, han abierto en las cimas de toda humana grandeza un manantial divino de belleza moral, el ideal más puro e inefable y la sustancia espiritual más densa y rica en su esencia y en sus matices, y el espíritu humano lo ha sentido germinar dentro de sí, y como el grano de mostaza del evangelio, ha tomado tales proporciones en su crecimiento y desarrollo, que lo puramente espiritual se ha hecho para nosotros carne y sangre, y revistiéndose de todas las galas naturales y de todas las formas físicamente bellas, se ha convertido en árbol frondoso, donde anidan y reposan las aves del cielo.

El arte cristiano para dar formas de tangible belleza a las intangibles formas por Dios mismo reveladas, no ha desdeñado nunca la precisada cooperación de un realismo sano y vigoroso, más vigoroso mil veces que el ostentado por la belleza clásica, casi desprovista de valor esencial.

El cuerpo de la expresión estética cristiana ha tenido necesidad de ser así, de realismo más acentuado, musculoso y firme, para sostener, envolver y lograr que ande con robustez y brío la reciedumbre de su inspiración, el alma plena de luz de su ideal.

